

sisimas riquezas que aplicaron en bien y aprovechamiento de su país natal, que éste y no otro es el origen de todas ó casi todas las fundaciones piadosas, casas y obras de beneficencia, memorias, aniversarios, capellanías, cátedras y escuelas, mejoras de templos, regalos de valiosas alhajas, que aún se conservan, con que aparece enriquecida Ciudad-Real en el siglo décimo séptimo según puede comprobar cualquiera por los documentos que obran en los archivos parroquiales.

A la emigración de estas gentes, motivada en unos por apremiante necesidad, por afición aventurera ó sed de codicia en otros, puede asegurarse que debió en parte esta población el no haber sucumbido totalmente y como de golpe, víctima de su desesperada situación económica, pues el amor á la cuna de los favorecidos por la suerte atrajo considerables riquezas, que empleadas con discreción en obras de interés general, aliviaron no poco las miserias y estrecheces de las clases menesterosas, contribuyendo á su vez, por medio de la creación de ciertos centros de enseñanza á difundir entre ellas los conocimientos indispensables á una buena educación popular.

Facil, facilísimo me sería, con los datos que tengo recogidos, hacer una extensa y minuciosa relación de todas aquellas manifestaciones, que reflejaron al vivo el espíritu benéfico y profundamente religioso de los hijos de este hidalgo suelo durante el expresado siglo, pero ha sido mi único intento el hablar de las instituciones docentes, siquiera de algunas de las principales, erigidas en tan aciagas circunstancias por el amor á la ciencia, y á tan interesante asunto dedicaré el artículo próximo.

L. DELGADO MERCHAN.

Ciudad-Real 22 de Febrero de 1893.



¡VALIENTE CONQUISTA!

EN LA CASA.

—¿A dónde vas Eduardo?
—A la calle.

—¿A qué sitio?

—A donde quiera:

—Tú ya no me quieres, Eduardo.... Olvidas lo que me decías con voz melosa antes de casarnos: «Yo viviré para tí y tú para mí.» «Viviremos solitos y felices en un rincón del mundo.» «No me apartaré nunca de tu lado, para mí no habrá amigos, diversiones, ni nada, si no mi Aurora.»

—Sí, pero tú fuiste la primera en quebrantar esos propósitos trayéndome á tu mamá.

—De manera que mi madre no tiene derecho á vivir conmigo. De manera que el capital que mi padre reunió á costa de sudores lo vas á disfrutar tú sólo, y no contento con eso lo gastarás con mujercillas?....

—¿Aurora!

—Sí, lo repito, gastarás en bacanales el capital que mi infeliz padre reunió.

—Dando polvo de ladrillo por chocolate y carne de perro por....

—No le faltes á mi padre, ¡granuja! ¡pillo!

—¡Me voy.... porque sinó!..... te pegaría.

—¡Anda prueba.... cobarde.... ladrón!

—¡A mí ladrón!..... tú lo has querido, toma.

—¡Ay!..... Este hombre me mata.... ¡Socorro!

—¡Calla!

—¡Maldito sea el primer hombre!

—¡Mal rayo parta á todas las mujeres!

II

EN EL CAFÉ.



—¡Hola, Eduardo! Desde que te casaste nadie te ve....

—Tú no conoces las delicias del matrimonio... Alberto.... cástate y verás....

—¿De modo que eres feliz?

—Muchísimo. En mi casa no se oye la más ligera disputa. No hay hogar en que se disfrute más paz que en el mío....

—Y unido esto al capital aportado por tu mujer.

—¡Bah! Poca cosa.... ocho ó diez mil duros de los que mi mujer no me pide la más mínima cuenta.

—¿Te acuerdas de Lolita?

—Aquella morena.

—¿De Paquita?

—La rubia.

—¡Pobres víctimas!

—Nada, hay que renunciar á todas esas calaveradas... ya voy á cumplir treinta años... Debo ser un buen marido.

—Pero, siéntate, tomemos café, Jeréz, manzanilla ó lo que quieras.

—Gracias. Desde que me casé hice propósito de